



YO SOY LA “RUBIA ZARCEÑA”

Aquí en el pueblo de Zarza de Pumareda me crie con mimo y protección. Lo de “rubia” no hace falta explicarlo; no soy ni rubia sueca ni finlandesa, simplemente rubia zarceña. Algunos se empeñan en sacarme un tono semejante al plátano canario, otros al azafrán, quizás sea una mezcla de ambos, no voy a decir que soy amarillo fuego, que eso es muy presuntuoso, yo me conformo con ser amarillo festivo, o primaveral, que viene a ser lo mismo.

Soy fruto de la semilla de mis antepasados que, al parecer, procedían de Portugal. Nada inverosímil, pues basta con atravesar el Duero, a un tiro de piedra de aquí y estamos en el país vecino. En esta tierra zarceña he hallado mi espacio, el idóneo para crecer en armonía con la naturaleza. Bien es cierto que los agricultores me cedieron y respetaron este espacio, quizás con algo de egoísmo por ser poco apto para el cultivo de cereales, de modo que las de mi especie pudimos reproducirnos al libre albedrío en tesos y cañadas, en lanchales, entre piedras y tierra arcillosa, a veces arenisca.

Al campesino sigo abasteciendo leña para afrontar los gélidos inviernos, pues al parecer fue ese el motivo de mi trasplante, afortunado, puedo decir. Así que el calor del hogar está asegurado mientras me traten como hasta ahora. Hay otra escoba con la que comparto territorio, ella más pequeña, endeble, de flor blanca, de amplio y tupido ramaje, más apta

para encandilar los leños, y no rivalizamos pues cada cual cumplimos una función. Y cuando llega mayo mi flor amarilla sobresale, también por mi talla, del resto de matorral, adornando el paisaje para mayor regocijo del paseante.

Ahora me siento sola y abandonada, aunque libre y bien tratada, pues ya no se oye el canto del labrador arando como antaño, ni al pastor con su rebaño, apenas algún pájaro se posa en mis ramas porque también ellos son cada día menos. Así es desde que en los años sesenta los jóvenes emigraron en busca de un futuro mejor, hacia el País Vasco, Cataluña, al extranjero. Algunos vuelven de vacaciones, muchos jubilados ya, y disfrutan con mi porte de novia veinteañera y el amarillo incandescente que les regalo. Después vuelven a sus aposentos, supongo que para seguir con su misión, porque allí se asentaron, como yo aquí, y allí dieron lo mejor de su juventud, como yo aquí, y ocuparon el espacio considerado de segunda clase, pero suficiente para desarrollarse en armonía, como yo aquí, y ya forman parte intrínseca del paisaje, como yo aquí. Por estos y otros motivos son autóctonos de pleno derecho, como yo aquí, y nadie puede arrogarse el derecho a la exclusión del otro, porque todos venimos de algún lugar hasta asentarnos definitivamente y, entonces, solo la Madre Naturaleza, y nadie más, tiene la potestad de erigirse en dueña de nuestro destino. Y así es como cada primavera unos y otros ofrecemos el perfume y el color de la vida allí donde nos ubicó el destino.

Por mi parte, y a mucho orgullo, seguiré siendo la “rubia zarceña”.

Félix Carreto